

siberiano de renombre internacional como Evtushenko no puede menos que decir al mundo que Siberia es una tierra de bayas y no la gigantesca prisión como la describió Dostoievsky y, hoy mismo, escritores de la talla de Solyenitzin.

*Siberia, Tierra de Bayas* es la primera novela del extraordinario poeta soviético Evtushenko. Casi no se necesita acabar de leer el libro para convencerse de que el autor no es novelista por excelencia, sino alguien que hace en la prosa sus primeros pinitos; con la prosa novelesca, para ser más exactos. Su ya cotizado nombre le permite acceder con facilidad a los mercados soviético e internacional y por eso tal vez se permite el lujo de escribir algo que más bien podríamos catalogar como el ensayo general o el proyecto amplísimo para una novela o una serie de novelas. Y es que *Siberia, Tierra de Bayas* no se ajusta del todo al concepto técnico de la novela en sí. En sus páginas se puede encontrar desde la reflexión filosófica, pasando por la loa política del régimen, hasta la moraleja sensiblera con la que son rematados muchos episodios.

Sin entrar a poner en tela de juicio la poesía de Evtushenko, sí habría que hacer mención del mimo con el que siempre ha contado por parte de las autoridades de su país, logrando en virtud de ello ventajas que pocos (o ningún) intelectuales soviéticos ha gozado para desplazarse libremente por Occidente, dar conferencias y firmar ejemplares en grandes almacenes como si de un autor «best-seller» prefabricado a lo norteamericano se tratara. Sale y entra del país como si semejante práctica fuera moneda común en la Unión Soviética. Sus obras nunca han sido censuradas por la inquisidora Unión de Escritores, verdadero Santo Oficio del intelecto que no pasa por alto la más mínima crítica al sistema y cuyos métodos provocaron la rebelión de Solyenitzin, quien, arriesgando la piel, envió subrepticamente los ejemplares de *Archipiélago Gulag* a Occidente sin el visto bueno de la Unión de Escritores. Semejante hazaña le valió a Solyenitzin el destierro, la separación de su familia y la pérdida de la nacionalidad soviética.

Pese a haber polemizado con la todopoderosa Unión, entiéndase bien, polemizado, Evtushenko no ha sido nunca vetado, pues siempre se ha distinguido por su apologética del sistema y del paraíso comunista soviético. *Siberia, Tierra de Bayas* no es una excepción en toda su andadura anterior; es, digamos, una continuación a la tarea que el autor se ha propuesto en forma verbal en sus viajes por el extranjero. No escapa a la superficial tentación de pintar a unos personajes como «malos» del todo, cuya maldad consiste en su poca convicción socialista, en llevar una vida que muy bien podría catalogarse de viciosa y hasta degenerada en el más puro concepto capitalista... Los mayores deseos de estos personajes son equipararse con estereotipos extranjeros y, sobre todo, norteamericanos. Los «buenos», por el contrario, son los fieles a la doctrina del Partido, infalible religión, código moral que debe acompañar siempre a todo buen soviético, orgulloso de serlo... Estos «buenos» tienen siempre mucha paciencia y con parábolas y ejemplos plausibles tratan de sacar de su terrible error a los «malos»...

Otra de las tentaciones a las que no escapa el autor es a la continua canonización de las hazañas espaciales soviéticas. Esa fuga hacia adelante con que el régimen de Moscú trata de anestesiar a la población a falta de otro tipo de glorias, como podrían

ser las que a diario el hombre de la calle tendría que encontrarse en su realidad doméstica y cotidiana. Con lo que el régimen ya no se puede calificar de oficialmente ateo, pues la divinidad está encarnada por los satélites artificiales y las estaciones orbitales con cosmonautas que soportan meses de ingravidez y que hacen morir de envidia a los responsables de la NASA. Evtushenko no escapa al tópico emanado de la propaganda oficial. Se permite todo un epílogo en el que un cosmonauta a bordo de una nave espacial se recrea contemplando desde el espacio las glorias y miserias de la tierra. Y no es que el tema de las naves que surcan el cosmos no pueda servir como arquetipo a cualquier ejercicio literario. Absolutamente todo es útil y bueno para estos menesteres; pero es que resulta demasiado simplón y a la vez sospechoso que un escritor tome una de las puntas de lanza propagandísticas del régimen como base de su epopeya novelística.

No obstante, *Siberia, Tierra de Bayas* respira frescura por los cuatro costados. Entiéndase por frescura no la tópica imagen invernal de esta región rusa, sino más bien el desenfado y hasta el desparpajo con que está ensamblada toda la historia. No puede advertirse que Evtushenko se ha basado en modelos rígidos, ya por desgracia prefigurados en el arte de narrar, sino que el escritor da vía libre a la plasmación de acontecimientos que por sí solos van surgiendo tal y como el tema se va consolidando. Tan es así que en ocasiones el lector puede creer que se encuentra leyendo una serie de novelitas cortas ensartadas todas en el rosario común de una novela grande... Y es que Evtushenko es de una minuciosidad casi pasmante; fotográficamente describe personajes, escenarios y episodios con el detalle y preciosismo que una bordadora de punto-en-cruz elabora una primorosa mantelería. A veces puede caer en el vicio del extravío y el traer a colación aspectos no muy relevantes y hasta nimios. Parece que el poeta metido a novelista tuviera miedo de que se le escaparan cosas o que por algún resquicio se le fuese a notar demasiado su poca formación en la narración larga en prosa. Así parece explicarlo en el *Prefacio del Autor*, en donde dice haber dedicado ocho años a escribir su primera novela...

Esta primera novela de Evgueni Evtushenko carece de protagonistas en el sentido novelístico de la palabra. Los hay, sí, por el carisma de que van revestidos, dan la talla, pueden ajustarse a un modelo clásico de héroes o protagonistas. Pero renglones después, las circunstancias que rodean al personaje de turno se encargan de dismitificarlo por completo, para páginas adelante, auparle de nuevo, y así en un constante arriba y abajo, medir a todo el mundo con el mismo rasero. El final puede presentirse no bien la obra se halla en estado avanzado: el protagonista central y general es la revolución socialista que sacó a las Rusias del ostracismo medieval y las colocó, ya integradas en el perfecto ente de la Unión Soviética, en el primer lugar del predominio universal... Aspecto éste de tratamiento eminentemente político que, o no hay que poner en duda, o bien analizar desde otro punto de vista, pero nunca sublimarlo hasta el extremo de convertirlo en espíritu latente de una novela. Como se decía antes, cualquier acontecimiento es válido como modelo literario, pero es que con ciertos temas se puede caer en el peligro del panfletarismo y la apología.

La semántica del título de la obra, *Siberia, Tierra de Bayas*, puede desconcertar un poco si se busca el porqué de dicha denominación o, mejor aún, la relación, que

tendría que ser estrecha, entre Siberia y la baya, una fruta agridulce del tamaño de la uva de coñac. El presentar a Siberia como un territorio cultivado de la mencionada fruta, induce a pensar que la economía del país depende de la explotación de la fruta y a continuación el folklore y cultura derivados. La vida siberiana, en este caso, tendría que girar en torno a la baya, pues es ella la esencia y la razón de ser de un territorio y sus habitantes. Pero no. Definitivamente, no. Lo de Siberia tierra de bayas es algo que aparece en el título de la novela y muy de cuando en cuando mencionado como anécdota y en episodios flacos, agregados a otros como parches de toda la estructura narrativa. El título sólo sirve de excusa al autor para escribir algo sobre su región de origen, situar unos personajes allí, ponerlos a hablar a favor de la Revolución y de los incontables planes quinquenales del sistema socialista soviético. Si se toma uno solo de los personajes por separado y se quiere ver en él a un siberiano puro a tenor de lo que promete el título de la obra, la inspección sería negativa del todo, pues dicho personaje lo mismo podría ser bielorruso, ucraniano, armenio, georgiano o lituano. En síntesis, un soviético normal y corriente, con su carné del Partido y su medalla de héroe al trabajo...

Y no es que un texto tenga que estar pregonando a cada momento lo que reza su título. No. Pero sí que la identificación entre uno y otro sea estrecha, para que nos enteremos de la intención inicial del autor de comunicarnos este o aquel mensaje. Resultaría desconcertante escribir algo, por ejemplo, con el título «Valencia tierra de la huerta» y a lo largo de la narración empeñarnos en describir cómo la ciudad del Turia fue capital de la agonizante República española y del heroísmo de los valencianos para resistir a los ataques fascistas, hablando de la huerta y sus primores a ratos perdidos, cuando nos acordemos de que el título era ése.

Tijón Tijónovich Tuguij es el «recolector oficial de las bayas», un personaje simpático, algo mujeriego, borrachín y sabio como él solo, por la sencilla razón de que es uno de los «buenos» de la novela. Y más o menos todos responden a este tipo de clichés o tópicos, felizmente superados en la narrativa seria. Siguiendo en la misma tónica de poco parentesco entre título y obra, por ninguna parte aparece explicado el pintoresco cargo que ostenta Tijón Tijónovich; se podría sospechar que es una de esas misiones exóticas del comité local del Partido, pero lo que sí sumerge en un mar de desconcierto al lector es si Tijónovich es el único recolector oficial de bayas. Y hay razones para ello, pues en un episodio al principio de la novela el mismo personaje se declara como el único con semejante responsabilidad agrícola al tener que aclarar cierto incidente de una paternidad confusa. Y como si fuese poca la ambigüedad, el recolector oficial de bayas hace de todo lo imaginable, menos recoger la fruta. Hace de conciliador entre partes enfrentadas, sabio consejero en temas escabrosos, narrador profundo, documentado y extenso de reminiscencias propias y ajenas.

Con la misma tijera están cortados los demás personajes de la obra. Hay en ella geólogos, ingenieros, médicos, segadores, intelectuales, lingüistas, simples braceros, mecánicos y chóferes, todos buenos o malos en función del grado con que sigan los postulados de la Revolución socialista, al parecer, la causa más grande y noble que ha tenido lugar en la historia de la humanidad...

El no disimulado entusiasmo de Evtushenko por el régimen de su país le ha